

tos pomposos y sepulturas superbas se muestra. Ora ¿quién podrá sopear este vicio, que en todo lugar, tiempo, persona y obra, tan valientemente combate, salvo quien con Cristo crucificado primero se transformará? Pues ya á venir á solas sería más tolerable. Mas mira de esta raíz cuántos ramos salen. El uno se llama curiosidad, la cual siempre tira á cosas nuevas é sin fruto. El otro es ligereza del alma, la cual, estando sin peso, nunca está jamas en un propósito, mas como pluma al viento, cada hora le muda. El tercero tiene por nombre vana alegría, la cual con una liviandad de risa hace perder la mesura á todos los miembros del cuerpo. Nace despues la jactancia, que siempre se gloria y ufana de lo que ha hecho y dicho, y aún de lo que nunca le pasó por pensamiento. De ahí viene la singularidad en decir y hacer cosas nuevas, las cuales no pudiendo sustentar con razon, salta en una clamorosa arrogancia, y con protervas y desmesuradas palabras quiere defender la primera locura. Sucede luégo la presuncion y confianza de sí mismo, y si hace algun defecto en lo que presuntuosamente emprende, confúndese de lo confesar, de do nasen las falsas disculpas, el cargar la culpa á otros, y la confesion fingida, indigna de absolucion. De ahí se da en ser rebelde contra Dios, despreciando ó dando de mano á la confesion, y viniendo en una libertad de pecar sin freno; y doliéndose que haya preceptos que le retraigan, desea ser libre y suelto de todo yugo y atadura. Desta misera y diabólica libertad procede el último ramo, que es la costumbre de pecar, con un tener en poco la ofensa que á Dios se hace. Tales son los ramos deste árbol, del todo contrarios á los del árbol de la vida, que es Cristo, el cual, por dar eterna confusion á la soberbia, quiso nacer y vivir y morir humilde y manso, eligiendo todo aquello que el soberbio huye, y despreciando todo aquello que el soberbio estima; do se manifiesta ser aqueste vicio tan errado, quanto Jesucristo acertado; y entre otros sus yerros, no es el menor que por maravilla consiguiera lo que desea. La gula llévanos siempre al deleite, aunque algunas veces, como dice Salomon, hace pagar el escote, y con los dolores del estómago se venga de la golosina de la lengua. La ira nos lleva á la venganza, no embargante que acaesce vengarse primero de nosotros que de nuestros enemigos; pero la soberbia, bien que siempre pretende gloria, con todo, por más que le fatigue, no la alcanza, porque es como sombra, que huye á quien la sigue, y sigue á quien la huye; ántes por la mayor parte da vituperio, y en lugar de levantar, abate, y á trueque de honra da verdadera ignominia, no digo con Dios, sino aún con los hombres, segun que Hieremías del soberbio dice, que es como mar fuerte y sin sosiego, cuyas olas, saliendo de su medida redundan despues en ser pisadas.

CAPÍTULO XV.

De los remedios contra la soberbia.

Resta ya conocer la enfermedad para que pueda más fácilmente ser curada, no embargante que, aún despues de conocida, difícilmente se remedia. Y bien que de las cosas dichas en el precedente capítulo se pueda

comprender cuándo el alma está tocada deste *noli me tangere*; pero, con todo, hay otras señales en que el soberbio se conoce, el cual se ufana del linaje noble y generoso, como, por el contrario, se afrenta si es de baja suerte y tiene viles parientes; aménguese de vestirse pobres ropas, de conversar á gente pobre; en suma, rescibe empacho de todos los compañeros de la pobreza. En el hablar alza la voz, en el mofar se adelanta, en el detraer del prójimo es el primero, en la conversacion es porfiado, y cuando no sale con la suya, queda amargo y desabrido; entristécese cuando no se sigue su consejo; alégrase de la confusion y corrimiento de los otros; no obedece de buena gana sino á su posta y en aquello á que su voluntad se inclina; atribúyese las obras y fatigas ajenas; lee los libros de otros y oye su doctrina, no por ser discípulo, sino por ser juez; desdénase de leer é oír doctrinas simples y llanas, las cuales, quanto ménos tienen de ingenio, tanto más tienen de espíritu, y por ser ménos solites, no son ménos provechosas. Éstos son claros indicios de soberbia; pero más secretamente se descubre en personas espirituales, como si uno dijese: renegá de tanta santidad; dad á Dios tanta ceremonia; ya se pasó el tiempo de las esperanzas del yermo; los padres de aquella éra eran de otra complexion. Tambien el ser uno muy escrupuloso y congojosamente cerimonioso no es sin soberbia, porque quiere ser singular, y cree más á sí que á los otros. Ni más ni ménos si alguno pensase que es humilde, sería doblemente soberbio. Ni jamas el hombre se debe persuadir hasta la muerte que es libre deste mal, ántes siempre de nuevo le hará guerra, como si cada hora comenzase; y si el demonio nos quiere hacer entender que no somos soberbios, hagamos experiencia de nosotros en abrazar oficios y ejercicios viles, y si nos deleitamos en ser despreciados; que así por ventura hallarémos que la soberbia escondida tanto hace mayor resistencia al abatimiento de la obra, quanto se muestra más presta en las palabras. Queriendo, pues, curar de aqueste vicio nuestra alma, es, ante todas cosas, necesario buen médico, el cual sea humilde con el ejemplo; otramante no podrán sus palabras sanar la soberbia de otro, si proceden de corazon soberbio. Sea tambien discreto; porque el soberbio no podria á los principios soportar ásperas medicinas, como sería hacerle hacer cualquier cosa abyecta y de mengua al parecer del mundo. Propóngale luégo al principio la grandeza del premio celestial; porque el deseo de cosas grandes se emplee en la verdadera grandeza, y aquí se dé la regla del Evangelio: *Omnis qui se humiliat, exaltabitur*; y *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabit in regnum celorum*. A la hora le proponga á Cristo, verdadero dechado de toda virtud, el cual en ésta de la humildad se quiso señaladamente poner por nuestro maestro, diciendo: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde*. Tráyaie á la memoria una vez el descender del cielo por nos levantar del suelo, otra vez el nacer en un establo, otra el morir en la cruz; agora las injurias, agora los denuestos que sufrió; dígaie que no se halla otro camino para la gloria sino el de la cruz, el cual todos los santos han seguido, el cual, siendo Jesucristo tan honoroso, no tomara si no fuera sumamente

necesario. Si por aquesta via conoces alguna salud, no te quieras asegurar; mas trabaja de conservarte en aquella bajeza y desprecio de tí mismo, para lo cual será buen remedio dejarte llevar por parecer ajeno, y quebrantar á menudo el tuyo propio, pisando tu voluntad, desarraigando el apetito del tener y del valer, desechando las pompas, conversando con personas abyectas, con tal que sean virtuosas. No conviene, con todo, á todos una mesma medicina: algunos se humillan por la consideracion de sus pecados, algunos por la consideracion de la vileza de su propio cuerpo, cuyo principio, medio y fin es polvo y ceniza, albañal de suciedad y saco de gusanos; algunos por temor del infierno, otros considerando la divina largueza en dar tantos dones á los indignos, y la ingratitud y dureza nuestra á continuamente resistirle, para que no haga en nosotros mucho más de lo que hace. Humillaba tambien á los santos la consideracion de la divina Majestad y grandeza, y poniéndose en presencia de Dios, sentian de sí que eran nada. Aprovechábales mucho mirar los castigos que Dios ha hecho en los soberbios, como fué señaladamente el de Lucifer, lo cual nuestro Señor acordó á sus discípulos, viéndolos una vez algo levantados, diciéndoles: *Videbam Satanam, sicut fulgur de caelo cadentem*. Allende desto, hace mucho al caso ver que todo el bien que tenemos es de Dios, sin cuya gracia ni lo podemos alcanzar ni conservar; y si el hombre considerase que todos cuantos bienes en él hay, así naturales como sobrenaturales, son prestados, no sólo no se enalteceria, mas tornarse hía tanto más humilde quanto fuese dotado de mayores gracias, sabiendo que con las gracias juntamente cresce la obligacion; y esto es lo que san Pablo decia: ¿Qué tienes que no lo hayas rescebido? Y si lo rescebiste, ¿qué te glorias como si no lo recibieras? Oh cuán loca sería la novia del aldea, si estuviere muy ufana con las ropas traídas prestadas de la ciudad! Oh qué vano sería el escudero que anduviese hinchado, haciendo alarde con el caballo y armas que le prestaron! Oh cuán desatinado sería el que, hecho rico por el caudal é industria que otro le dió, se usurpase algo de la gloria de las riquezas! Todo es ajeno quanto en nosotros hay, saber, ingenio, industria, fuerza, riquezas; en fin, cuerpo y alma. Y ni más ni ménos que el hierro encendido, si rindiese al fuego lo que del rescibió, quedaria pesado, terrestre, oscuro y duro; así nosotros, si damos á Dios lo que de sus manos rescebimos, quedarémos nada, y sola una cosa se puede llamar propia nuestra, que es el pecado, del cual, quien se ensoberbece, más muestra rudeza é insensibilidad que malicia, pues hace materia de gloria lo que es materia de confusion. Tambien considerar que Dios libremente, sin nuestro merecimiento, nos conserva, y estamos pendientes como de un delgado hilo de sola la misericordia divina, y por otra parte, nuestra flaqueza y natural inconstancia no es pequeño remedio para humildad, y éste nos dió el Apóstol cuando dijo: «Con temor y temblor obrad vuestra salvacion, porque Dios es el que obra en vosotros el querer y el hacer por su bella gracia y libre voluntad»; y nuestro Señor, en el Evangelio, viendo á sus apóstoles algo sobresalidos, porque, habiéndose otros discípulos salido

de la escuela, ellos quedaban firmes en ella, díjoles: «¿Por ventura yo no os escogí de entre todos, y uno de vosotros es diablo?» Mira cómo los quiso conservar en modestia, así por razon de la eleccion libre, como de la caída que podrian dar; pues aún de los doce, el uno, que al parecer quedaba fijo, era demonio. Con estas mismas consideraciones una alegría demasiada y un peligroso contentamiento, que suele recrecer á los incipientes de las buenas obras que hacen, se puede convenientemente remediar. Vean, allende desto, cuán poco provecho traen á su señor; consideren más, que por mucho que hagan, hacen sólo lo que les mandan, y aún aquí faltan muchas veces, que es el remedio de nuestro Redentor: *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus; quod debuimus facere fecimus*. Es con éstos otro remedio singular, ver lo que Jesucristo ha hecho por tí, y en comparacion del agradecimiento que le debes, cuán poco haces aunque siempre te deshicieses en su amor, pues no has echado la hiel, ni sudado gotas de sangre, ni sido puesto en cruz por servicio de Dios. El último consejo es esconder y disimular la virtud que cada uno tuviere, lo cual es sumamente necesario á los que comienzan; porque pequeña lumbre puesta al viento, forzado es que se apague. Eceguías perdió sus tesoros porque los descubrió. El Rey de los cielos es tesoro, que quien le halla tiene gozo, pero escondido. Muchos árboles se quemaron por echar las flores muy temprano, muchas mujeres abortan por parir ántes del mes, muchos panes no llegan á colmo porque con la calor salieron muy presto, sin haber hecho cepa é raíz, y muchos se pierden porque sus limosnas, sus oraciones, sus lágrimas y sentimientos no los metieron debajo la tierra, ó hablando más al propio, sobre el cielo, contentándose con que solo Dios sea el testigo dellas, que ha de ser el juez y premiador. Y porque no es fácil distinguir cuándo la soberbia es pecado mortal, debemos siempre humillarnos en el acatamiento de Dios, porque algunas veces se comete sin sentirlo quien lo hace. El primer caso es gloriarse de cosa en que hubo pecado mortal, aunque podria haber alguna vez excusa; que sólo nos pretendemos jactar de alguna circunstancia, ó de ingenio, ó de industria, ó de valentía que hubo en la tal obra; mas gran peligro corre, á lo ménos del nuevo agradarnos de aquello de que nos glorificamos. El segundo, cuando se desea mayoría ó ventaja con detrimento del prójimo, como si uno cobdicia ser perlado sin ser para ello. El tercero, cuando el contentamiento de sí mismo es con menosprecio del prójimo, como el del fariseo. El cuarto, cuando en la soberbia hay alguna injuria ó desprecio de Dios, como si uno resurtiese de verse sujeto á las leyes divinas, si estuviere muy hinchado y muy levantado dentro de sí, ni más ni ménos que si los bienes que tiene fuesen suyos, é no de Dios; lo cual se conoce más en sus efectos que por otras reglas que se puedan dar. El que se viere descuidado notablemente de dar gracias á Dios y de su honor, ó por el contrario, cuidadoso de su propia honra, témase de grave soberbia. Quien se viere con gran seguridad del bien que tiene, sin tener miedo de lo poder perder, tema que hay en él grave soberbia.

Quien experimentara en si una gran prontitud y facilidad en excusar sus propios defectos, y ponderar los ajenos, digo que tema; y tema aquel que, poco solícito de la patria celestial, del bien de sus prójimos, de la satisfacción de sus pecados, pasa la vida en una confianza tan segura como si en estas cosas fuese diligente y cuidadoso; porque sin duda éstas son señales de soberbia, ó mortal, ó casi mortal, como tambien es gran argumento della una crudeza de corazón y dureza con los afligidos, una impaciencia en las adversidades, un querrellarse continuamente del tratamiento que Dios le hace, un no sufrir ser tenido en poco, una indignacion terrible contra los que no hacen las cosas á nuestra voluntad; pero generalmente es mortal el apetito de la excelencia cuando se pone en ella el último fin, esto es, cuando se ama sin fin; lo cual se descubre si haciéndote una injuria, luégo te vengas; si ofreciéndose caso de honra, luégo pierdes á Dios; y entónces habrás vencido aqueste vicio, cuando desees lo contrario que el soberbio, conviene á saber: las cosas que el mundo desprecia y abomina, como ser abatido, afrentado, afligido y vituperado de los hombres; mas la perfectísima señal sería, si vinieses á tanto desprecio de tí mismo, que te tuvieses, no sólo por el mayor peccador del mundo, mas ocasion de todos los males del mundo, de las pestilencias, de las hambres, de los daños públicos y secretos, comunes y particulares de toda la tierra, con un grandísimo espanto que Dios te soporte siendo quien eres, y que no te trague el abismo, que no cayan rayos del cielo; no pudiendo imaginar justicia suficiente conforme á tus deméritos y culpas. Lo cual, como se pueda con verdad sentir, ora no lo escribo, porque tal doctrina no se aprende por papeles, mas Jesucristo la enseña á todos los que con humildad la piden y con perseverancia la escuchan, á quien interiormente habla con los que se convierten al corazón. Ni es mi intento inducir por esto á desesperacion, ántes á tanto mayor esperanza, cuanto la verdadera fiducia, que no es presuncion, se funda en humilde sentimiento de sí mismo; humilde sentimiento, porque á ser sólo conocimiento especulativo é sin sentirse y palpase como en la mano, nunca la humildad está fundada de véras, la cual es fundamento del edificio cristiano.

CAPÍTULO XVI.

De la envidia.

La envidia es tristeza de la prosperidad del prójimo; porque al envidioso le parece que los bienes ajenos menoscaban su propia honra y excelencia, y así del bien de los otros se entristece como del mal suyo; es vicio derechamente contrario á la caridad, por lo cual á la clara se concluye que do hay amor no hay envidia; y hay dos linajes ó especie della. La primera se llama humana, cuando es de cosas humanas, como de las riquezas, ó honras, ó fuerzas, ó hermosura de nuestros prójimos. La segunda es diabólica, que los teólogos nombran envidia de la gracia fraterna, cuando al hombre le pesa de los dones y gracias divinas que ve en sus hermanos, ó porque á él le faltan, y no querría ver en otro el bien que en él no hay, ó porque piensa que

siendo los otros dotados de virtud y excelencia, no siendo él solo y singular, perderá parte de la estima que á su juicio se le debe, y éste es uno de los pecados contra el Espíritu Santo, y por ventura el más grave de todos. Y es la una y la otra pecado mortal, si son consentidas y deliberadas; porque los movimientos de la envidia súbitos ó casi súbitos, que apenas están en nuestra mano, ó no son culpas, ó á lo ménos no son mortales. No hablo aquí de una cierta tristeza ó indignacion que pasa por los hombres celosos, cuando ven, ó ser prosperados los malos, ó ser atribulados y perseguidos los buenos; que ésta no es envidia, dado que muchas veces, como el profeta David dice, que sea peligrosa, y algunas mortal, si excede tanto, que llega á se querrellar determinadamente de la divina Providencia, y recibir notable molestia desta distribucion de bienes y males en la presente vida, la cual Dios así hace por su muy alto y profundo consejo, para muy grandes utilidades de los escogidos. Ni hablo tampoco de la tristeza que tenía algun bueno, viendo que la prosperidad de algun ruin es muy gran cuchillo para degollar los pobres, ni ménos hablo de algunos que se duelen del poder ajeno, con el cual injustamente son agraviados. Porque en semejantes casos, el tal pesar, tomado con templada moderacion y buen respeto, no solamente no es pecado de envidia, pero ni áun pecado. Ni es mi intencion de condenar aquella que san Hierónimo llama santa envidia, origen y raíz de una loable penitencia, la cual me hace tener pena del bien del prójimo, no porque él le tiene, sino porque no le tengo yo. Mi intento es hablar, como toqué al principio del capítulo, de una tristeza del bien ajeno, fundada en apetito de honra propia, hija primogénita de la soberbia, madre de la murmuracion, de la detraction é del aborrescimiento del prójimo, causa de gozo en sus adversidades, fundamento de dureza de corazón, fiera pésima; que este nombre le dió Jacob cuando, para significar irónicamente la verdadera fiera que habia comido á Josef, dijo: *Fera pessima devoravit filium meum Joseph*. Por ésta el demonio sin ninguna piedad persiguió al hombre, Caín á Abel, Saúl á David, los fariseos á Jesucristo; los cuales todos vinieron á hacer crueldades extrañas por dejarse sojuzgar deste abominable vicio; vicio miserabilísimo; porque en los otros hay algun cebo de que la voluntad se prenda, ó deleite, ó interese, ó alguna gloria; mas aquéste no tiene de qué cebarse, salvo de sí mismo, esto es, de rancor y amargura, por ser pecado, no sólo baldío é sin fructo, pero dañoso y penoso á quien le hace; tanto, que con razon dijo el otro: Nunca los tiranos de Sicilia hallaron igual tormento para la ejecucion de su cruera, como lo es la envidia para quien en su seno la tiene: fuego de alquitran, serpiente venenosa, que no solamente se mantiene de sabandijas y animales ponzoñosos, como cigüeñas, mas cuanto ve y oye y siente de su prójimo le es tóxico mortífero y pestilencial: 'si bien, muere de pesar; si mal, muere de placer, y no sin causa el diablo, cuyos hijos al propio son los envidiosos, cuando envidiando al hombre, le vino á tentar, vino en figura de serpiente, cuya penitencia fué que sus mismas obras le fuesen el tormento: *Terram comedes cunctis diebus vitæ tuæ,*

et super pectus tuum gradieris. Duro y terrestre manjar, de que se sustenta la envidia, conviene á saber, tierra y melancolia; pero más duro es que sobre tan pesada comida le hagan andar al envidioso el estómago arrastrando por tierra, porque, si fué grave el comer, sea muy más grave el digerir. ¡Oh gente mezquina, que con la alegría de los otros se deshace, con la medra desmedra, con la salud enferma, con la vida muere! Y puesto que hay muchas señales en que se conoce esta enfermedad, mas la más cierta es, si cuando oyes loar á otros tus iguales, sientes algun desabrimiento, y piensas que no es tanto como dicen; si disminuyes con tus palabras ó semblante los buenos hechos y dichos ajenos; si ponderas los defectos de los otros. Brevemente la llaga mesma se descubre, porque trae dolor tan sensible, que cada uno la conocerá fácilmente, salvo si no le falta sentido. Ni, por tanto, es fácil el remedio; porque, como dice el Sabio: *Putredo ossium invidia*. Esta mala plaga corrompe y empodrece, no sólo la carne, mas tambien el hueso; esto es, ninguna virtud queda en el alma, que no la estraga. Pero, segun ya muchas veces hemos dicho, no hay mal incurable á la misericordia de Dios, junta con nuestra diligencia. Será, pues, el primer remedio poner el deseo en aquellos bienes que, poseidos de cada uno enteramente, no quitan parte alguna á los otros compañeros, cual es la felicidad de los bienaventurados en el cielo, do no se estrecha el aposento á nadie por los nuevos huéspedes que vienen, do se goza igualmente del bien y gozo ajeno que del propio. El segundo remedio es la consideracion de la vileza y poquedad deste vicio, el cual por maravilla cae, salvo en personas pusilánimes y ceviles, segun que Job afirma donde dice: *Parvulum occidit invidia*. Y de aquí vino la opinion comun á llamarle vicio de mujeres; pero yo mujer llamo al hombre afeminado y de abyecto corazón, como, por el contrario, la que tiene ánimo grande y varonil merece muy al propio el nombre de varon. Tambien es remedio singular la consideracion de aquellas cosas que más mueven al amor del prójimo; porque, como dicho fué, la envidia es contraria á la caridad, y con un contrario se cura otro; y si alguno quisiere saber cuáles sean los motivos más vehementes para amar á nuestros hermanos, espérelos de otro tratado, porque éste su poco á poco ha crecido más de lo que yo al principio creí. Así que, por concluir este capítulo, digo que la última y suma medicina de la envidia es curar al alma de soberbia; porque no se entristecerá de la excelencia ajena quien no deseare la propia, salvo si no fuere tan mal acondicionado, que no quiera el bien y honra en los otros porque no lo quiere en sí; pero áun esto es soberbia; que el verdadero humilde, de tal manera desecha la gloria humana de sí, que la rinde de buena gana á los otros.

CAPÍTULO XVII.

De la victoria universal de todos los vicios.

No debe el hombre desmayar de no poder conseguir la victoria de sí mismo, cuando se siente de tantos contrapesos de malas inclinaciones agravado; porque, como en el primer capítulo deste nuestro tratadillo dije:

V. F.

mos, la bondad divina todos estos impedimentos no convierte en mayor bien de nuestras almas, y si Dios esto no pudiese hacer, nunca habria jamas en nosotros permitido semejantes pasiones, las cuales de su naturaleza no son malas, y hacen nuestras culpas más excusables, donde el ángel no fué de Dios redimido, porque careciendo de aquestas naturales y flacas inclinaciones, tuvo ménos ocasion de pecar. Allende desto, consérvanos en humildad; porque si áun con tan grandes y muchos contrapesos nos levantamos sobre nosotros, qué hiciéramos á hallarnos libres dellos? Toda esta agua fué menester para templar la confianza y presuncion que de nuestras fuerzas tenemos. Hácenos tambien cautos, dándonos recelo de nuestra natural flaqueza, y si al fin caemos, danos una cierta esperanza de la divina misericordia, como el profeta David se disculpaba con Dios por ser concebido en pecado, y con mayor fiducia pedía que se le perdonase. Y áun son las pasiones unas espuelas para que el alma se desgane de la morada del cuerpo, y más ahincadamente desee la patria celestial, do carecerá de las vejaciones é importunidades de la carne; que sintiendo esto san Pablo, decia: «Desdichado de mí! ¿quién me librará de aqueste cuerpo mortal?» Y el profeta David: «Saca, Señor, mi alma desta cárcel.» Finalmente, nos son gran motivo para que, desconfiados de nosotros, demandemos continuamente á Dios socorro, y frecuentemos la oracion con una ansia humilde, que es uno de los mayores bienes que en esta vida presente podemos poseer; porque para vencer á sí mismo es necesaria fuerza sobre sí mismo, esto es, gracia y virtud sobrenatural, la cual, si de nosotros no halla estorbo, de sí se ingiere en nuestros corazones, y al fin tiene fuerzas para vencer y trocar la naturaleza, si de nuestra parte hacemos un santo y firme propósito, y sólo por amor de Dios, y no por otro algun respeto; digo que sea firme y que no sea extranjero, sino doméstico; no peregrino, sino permanente; ni pasajero, sino perseverante, y tantas veces confirmado, cuantas en nosotros se entibiare ó enflaqueciere. Ni basta vencerse con sola la imaginacion, sino con el efecto; ni de un solo vicio, sino de todos, porque si la victoria no es entera, de una pequeña raíz que quede nascerán las otras malas plantas, y de una pasion brotarán muchas. Por tanto, conviene con diligencia vencer á las mayores si queremos enseñorearnos de las menores, y aquellas vencidas, no hay que nos asegurar; porque las chicas, ó ellas mesmas crescen y se hacen muy grandes, ó despiertan á las grandes. Y si por ventura han pasado por tí muchos años sin tratar deste ejercicio, debes considerar cuánta merced de Dios ha sido el esperarte, y no desfallezcas ni te asombre el comenzarle tarde; pues Dios no está atado al tiempo, ántes en un punto nos puede hacer santos, y podría haber en nosotros tanto arrepentimiento del pecado y tan firme propósito de la enmienda, que en un momento se nos perdonase toda la culpa y la pena. Así que, si hasta aquí has sido negligente y perezoso en te vencer á tí mesmo, vuelve en tí y despierta del sueño, haciéndote tanto más diligente y solícito, cuanto en el tiempo pasado ménos lo has sido y en el por venir ménos espacio te queda para bien

obrar. Bien es verdad que, según el curso ordinario, ninguno es ni bueno ni pésimo en sumo grado, salvo en discurso de tiempo y con muchos actos, que se convierten en hábito, y si alguno bueno se ve dar gran caída de repente, téngase por líquido y averiguado que alguna imperfección estaba en él escondida, la cual con el caer repentino se descubre; en el cual peligro están mayormente aquellos que son de alto ingenio; porque no se satisfacen de cosas bajas, mas se divierten en varias conversaciones y recreaciones, entre las cuales se suele asaz resfriar el hervor, y el demonio con cien mil mañas y modos ocultos ingerirse; y si quieres señal con que conozcas en tí la victoria universal de todos los vicios, mira si tu voluntad es tanto á la divina conforme, que sin resistencia de cualquiera cosa que te avenga eres contento, siendo Dios servido della. A la hora sentirás el favor é ayuda de Dios en todo, y un continuo aspirar al sumo grado de la perfección. A la hora aborrescerás todo aquello con que has ofendido á Dios, como las potencias sensitivas, que fueron instrumentos de la ofensa, y deseardás dellas pugnación, haciendo en ellas una rigurosa justicia. A la hora los ángeles se deleitarán con tu conversacion, y sentirás muy á menudo su presencia. A la hora penetrará tu victoria del infierno al cielo, porque con ella, á aquél harás triste, y á éste alegre; el cielo te favorecerá, y el infierno te habrá miedo. De la diestra habrás vencido todo deleite, de la siniestra deseardás todo tormento; en pos de tí dejarás toda cosa terrena, delante no verás otro que Dios; ya no te parecerá duro refrenar la gula, sojuzgar la ira, sopear la soberbia, y abrazar la desnuda cruz de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, en la cual toda cosa muy difícil, no sólo te será muy fácil, pero aún suave y muy suave. E si á semejante estado fueres venido, da gloria á Dios, y si no, no te falte el corazón, mas persevera, como he escrito, en combatir contra tí mismo, porque en mano de Dios está darnos esta perfección, á la cual él mismo nos convida; y darla sin duda á quien obstáculo no pusiere, porque su convite no sea vano.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Del remedio universal á todo vicio.

Cuando los hijos de Israel de la muchedumbre de venenosas serpientes fueron en el desierto heridos, á ruego de Moisés proveyó Dios aqueste remedio general á la ponzoña, que hecha una serpiente de bronce, y puesta sobre un alto madero, todos los mordidos atentamente la mirasen; porque de sólo fijar los ojos en la serpentina estatua sanarian de sus llagas, cualesquiera que ellas fuesen. Por lo cual figurativamente se nos muestra, si queremos de la herida del pecado ser libres, que debemos con atención considerar al inocente á ley de nocente crucificado. En la cual consideración sanaremos de todos los vicios y pasiones de nuestras almas. Y discurriendo por cada una dellas por el mismo orden que arriba guardamos, si del vicio de la gula eres tentado, guarda bien al crucifijo en su postrimera agonia, no digo de delicados manjares, no de escogidos vinos, mas aún de una jarra de agua haber sido du-

ramente privado, y de hiel y vinagre haber sido amarguissimamente abrevado. Confúndete de te dar á comer y beber, do tu Criador sufre tan penosa sed; ten vergüenza de regalar el gusto que tu Redentor tan ásperamente trata; afrentate de engrasar la tu corruptible carne, despues que el Hijo de Dios la suya inocentísima, por tu respecto, tiene en durísima cruz suspensa. En esta misma vista también vencerás la lujuria, si adviertes tu cuerpo no ser ya tuyo, mas de Cristo, que con tan costoso precio lo ha comprado, y de habitacion del demonio, lo ha vuelto en templo del Espíritu Santo. ¿Será, pues, bien los miembros que son de Cristo hacerlos de una sucia mujer, echado en el cieno un tan precioso tesoro? ¿Será bien procurar deleites torpes do tu Señor padesce tantos y tan extraños tormentos? ¿Será bien la vasija en que Jesucristo tiene depositada su sangre, hinchirla de asquerosa y abominable delectacion? Que la avaricia, bien que parezca incurable, con contemplar al crucifijo se sana; porque allí te enseña dejar el amor de las cosas superfluas, no teniendo él ni aún las necesarias; y ciertamente él era Dios de las riquezas, pero murió en suma pobreza; porque veas cuánto importa al cristiano, para libremente en aquella postrera hora depositar el espíritu en las manos del Padre, tenerle libre de los cuidados de la hacienda. ¡Oh cuán mal conviene al siervo la solicitud de la riqueza, la cual desprecia su Señor! ¡Oh cuán mal dice al discípulo encoger y apretar las manos á los pobres, las cuales el Maestro extiende y abre para todo el mundo! ¡Oh cuán gran dureza es del cristiano cerrar sus entrañas á los necesitados, do su Redentor las rasga para que en las aberturas veamos cuál es él con nosotros, y seamos nosotros tales con nuestros prójimos! Y ¿qué quieres tú hacer del tesoro de la tierra, si él con su sangre te compra el tesoro del cielo? ¿Cómo no das el dinero á quien tu Dios da la vida? ¿Cómo no repartes la hacienda á quien Jesucristo dió, no parte, sino toda la sangre que tenía? Pues si eres colérico, y por cualquiera ocasion sales en palabras de desden, guarda, yo te ruego, al Hijo de Dios entre tantas injurias injustamente á él hechas, no de los extraños, mas de los suyos mismos, á los cuales habia hecho infinitos beneficios en aquel mesmo tiempo en que era actualmente injuriado, cuando las llagas estaban más frescas, los dolores más recientes, los tormentos más crecidos, romper el silencio del sufrimiento pasado con una tan suave palabra: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen.» Y ciertamente otra cosa que la lengua, seca y abrasada de la sed, no le habia quedado; mas no quiso quedase ociosa, porque sangre y clamor conviniesen en uno, no á pedir venganza, sino á pedir misericordia. Podia, convocados muchos ejércitos de ángeles, vengar una tan injusta injuria, pero no lo hizo; ántes guardando él mesmo sus reglas, no solamente no se ensaña, ni amenaza ni maldice á los enemigos; mas da beneficio por maleficio, y palabras amorosas por las injuriosas que le decian. Tenia abiertas las espaldas, mesados los cabellos y peladas las barbas, escupido el rostro, espinada la cabeza, barrenados los piés, las manos agujeradas; y como cordero delante quien le degüella, como yunque á los golpes de los martillos, calla, sufre, disimula, é

ya que habla, no echa maldiciones, no demanda justicia de sus contrarios, ántes pide al Padre que los bendiga, diciendo: *Pater, ignosce illis*, etc. ¿Qué es, Señor, lo que dices? ¿Cómo excusas lo que ninguna excusa tiene? ¿Cómo deshaces la gravedad de clara malicia con títulos y nombres de ignorancia? Y ¿cómo será verdad lo que dijiste: «Si no viniera y no les hablara, tuvieran desculpa de no saber; mas agora ven, y aborrescen lo que ven?» ¿Qué lugar de ignorancia podia haber do los ángeles publican tu nacimiento, los pastores te adoran, los magos te reconocen, los doctores del templo de tus preguntas y respuestas se maravillan; do san Juan Bautista públicamente pregona: *Ecce agnus Dei*; do las gentes, con admiracion de ver hablar maravillas, dicen: *Nunquam sic locutus est homo*; do viendo resuscitar los muertos, confiesan: *Quia hic est verè propheta qui venturus est*? ¿Qué razon hay de dubdar do los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los perláticos corren? Y haciendo tus obras, nunca hechas, en virtud del Espíritu Santo, lo atribuyen al demonio. Qué ignorancia puede haber do Pilatos á la clara conoce que por envidia te entregan á sus manos? é ya que no conociesen tu deidad, pero no pueden ignorar tu humanidad, tu mansedumbre, tu clemencia, tu misericordia, tu santidad, tu inocencia. ¿Qué es luego, Señor, lo que dices: *Ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt*? Podrás interponer tu auctoridad, tu valor, tu sangre; pero alegar excusas de ignorancia, yo no veo qué color pueda tener. ¡Oh ejemplo de mansedumbre increíble! Oh paciencia inestimable! Oh confusion de los que exageran y acriminan las ofensas contra ellos cometidas! Mirémosle aquí todos abogado en la causa de sus enemigos, y cómo disminuye la culpa muy mejor que ellos mesmos lo pudieran hacer, para mostrarnos desculpar á nuestros prójimos cuando nos ofendieren, y que á lo ménos no encarezamos sus delictos haciendo de ignorancia malicia, pues él, á la que pudiera llamar malicia, llama ignorancia. ¡Oh cuán ligeramente soportarémolos, si miramos este dechado, las palabras dichas contra nosotros! ¡Oh cuán fácil será la tolerancia de las injurias, si imprimimos tal ejemplo en nuestra imaginacion! El espíritu de la tristeza, si tú lo quieres perfectamente sobrepujar, contempla á Cristo crucificado, el cual en su último dolor y congoja, con una delicada y amorosa querella se vuelve al Padre, diciendo: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* ¿Quieres ver que no es queja de enojado ó mal sufrido corazón? Mira la blandura de aquel *mio*, dos veces tan tiernamente repetido: Dios mio, Dios mio. ¿Quieres ver que no es dicho de hombre desesperado? Mira lo que añade: *In manus tuas commendo spiritum meum*. ¡Oh cuánta confianza rescibe el alma en aquesta consideracion, y cómo sintiéndose venir á ménos, redobla las fuerzas, y cayendo, se fortalece! Porque en el crucifijo aprende que cuando más fatigada se hallare, cuando con mayor desesperacion, entónces se ha de volver á Dios y proponerle: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?» No para querellarse de la justicia de Dios, la cual es justa en todas las tribulaciones que nos diere; no para le pedir cuenta de lo que hace, pues de su hechura puede hacer á su voluntad; sino para le su-

plicar que le dé á entender las causas por que le aflige y atribula: si es para purgarla, para enmendarla, ó para humillarla, ó para ejercitarla. ¡Oh alma mia! y ¿cómo será posible que te dejes sopear de la acidia, resguardando aquella sangre que por tí fué derramada? Si tú desconfias de poder vencer á tí mesmo, con aquella sangre podrás sobre tu poder, y las cosas imposibles te serán fáciles. Si tú temes de no alcanzar alguna gracia, atiende á aquella sangre, y verás que quien tal te da, nada te podrá negar. Si la pereza te induce al sueño y negligencia, levanta los ojos al crucifijo, mira que no tiene aún dónde recline su cabeza. Si te hallas flojo y descaído, mírale descoyuntado, y que con los piés clavados sufre el peso de todo el cuerpo; mírale que podria fácilmente descender de la cruz, siquiera para se asentar en tierra, y está fijo en los tormentos por llevar adelante la obra comenzada. Y ¿cómo esperas tú, restando en ocio, vencer al demonio, si el Hijo de Dios, siendo sin pecado, no teniendo rebelion de su carne, vivió en continuos trabajos y dolores? Ciertamente si fijas la vista en la ocupacion y ejercicio del Crucificado, habrás empacho de ser tibio y ocioso, alimentando tu descaimiento y poquedad so color de la divina clemencia; ni so cubierta de misericordia reinará en tí la tibieza, pues que el Señor tuyo infatigablemente ha procurado la tu salud, nunca jamas cansándose, hasta que rindió al Padre el espíritu, aparejado y ganoso de más sufrir, si la flaca carne lo pudiera llevar. Y ¿cómo podrás tener ocio y descuido á la presencia de la cruz, llena de amor y solicitud por te salvar? ¿Cómo podrás tomar pasatiempo y recreacion en la vista de Jesucristo, atormentado por tu causa? La envidia sin mucha dificultad la desterrarás de tí, contemplando la benignidad del crucifijo, tan general con todos; el amor tan universal, sin exceptar ni aún á los enemigos; la sangre derramada porque los otros sean buenos, la honra perdida por darnos á todos gloria. Ultimadamente, como la soberbia es el peor vicio de todos, así más que todos con el continuo mirar al crucifijo será sopeada; si la vanagloria te impugna, contempla á tu amorosísimo Señor, no de bellas vestiduras adornado, mas de todo desnudo y afeado, todo ignominioso y despedazado. Mírale, no de guirnaldas floridas su cabeza coronada, mas de agudas espinas traspasada. No trae en la garganta cadena de oro, sino las señales de la nudosa sogá; la su delicada faz, no de olorosos unguentos, mas de hidionda saliva está llena. No los cabellos compuestos, no la barba emprendada, no otra color, salvo los cardenales de los azotes; no otra agua, salvo la sangre con que de piés á cabeza está bañado. Contempla un poco el su divino aspecto escurecido, los ojos lagrimosos, la frente sanguina, las mejillas descoloridas, la cabeza inclinada, los brazos tendidos, el costado abierto, los piés rasgados, las manos rotas. Contéplalo, digo, y hallarás que de toda parte te predica humildad. Oh mortal superbo! Si en aqueste espectáculo estás entero, serás más duro que las piedras, porque aún ellas se quebrantaron. Si aquí no tiembles, serás más insensible que la tierra, porque aún ella hizo sentimiento. Si ocupado en pensar tu grandeza, no adviertes á la del Crucificado, serás más pagano que el Centurion, el cual dijo: *Verè Filius Dei*

erat iste. Si el corazon tuyo en aquesta vista se queda yerto y empedernido, serás más fiero que la turba, la cual, asombrada de ver las señales que se hacian, heria su pecho con confusion de lo que pasaba. Oh hombre! Si el Hijo de Dios es así bajo, quieres tú ser altivo? Si él es pacifico, quieres tú ser arrogante? Si él huella la honra, quiéresla tú adorar? Si la desprecia Dios, ¿por qué la tienes en tanto? Abaja miserablemente tu orgullo y escoge el postrer lugar, pues tu Señor escogió la cruz. Confúndete, vilisima criatura, de no seguir á Cristo, por tí crucificado. Si eres vil, por qué te hinchas? Si eres noble, ¿por qué no imitas al que es alto sobre toda

alteza? Si quieres gloria, ¿cuál mayor que seguir al Dios de la gloria? Si quieres ciencia, sabe que ésta es única filosofia: llégate á la cátedra de la cruz, é oírás la postrimera lición del divino Maestro. Lee, yo te amonesto, el libro del crucifijo, y hallarás en él todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; pero mira que dice *escondidos*, porque infinitos secretos tiene la cruz reservados para sus estudiantes y discípulos. Estudia, yo te digo, en el crucifijo, el cual te dará la perfecta victoria de tí mismo, y te hará, como un otro san Pablo, crucificado al mundo, y el mundo á tí. Amén.

DOÑA OLIVA SABUCO DE NANTES BARRERA.

JUICIOS CRÍTICOS.

I. — DEL DOCTOR DON MARTIN MARTINEZ, MÉDICO DE FAMILIA DEL REY NUESTRO SEÑOR, EXAMINADOR DEL PROTOMEDICATO, EX-PRESIDENTE DE LA RÉGIA SOCIEDAD DE SEVILLA Y PROFESOR PÚBLICO DE ANATOMÍA, ETC.

(En la edición de las obras de doña Oliva de Sabuco.—Madrid, 1728.)

Como nada se opuso más al descubrimiento del Nuevo Mundo que el errado concepto de que ya todo estaba descubierto, así nada se ha opuesto más en nuestras escuelas á la comprension de la naturaleza, que la falsa suposicion de que ya estaba comprendida. Contra este perjudicial supuesto, tuvo valor esta insigne española á escribir un nuevo sistema de medicina, áun en aquel feliz siglo (que se pudo llamar *Augusteo* de España) en que eminentemente florecieron todas las ciencias y buenos artes, borrhando el *non plus ultra*, y venciendo las gloriosas columnas que Aristóteles y Galeno habian puesto por último término de las verdades. En aquellos felices tiempos en que los Vegas y los Valles ilustraban el mundo con sus obras, tuvo aliento esta mujer de decirle á Felipe II, su soberano, que Aristóteles y los demas filósofos no habian entendido la naturaleza del hombre, y que su médico, aquel florido Valle de Sabiduría, si miraba con reflexion su libro, no sólo podia escribir de nuevo sus controversias, sino toda la medicina.

Yo no me atreveré á decir tanto; pero diré que es bien extraño que se celebre de Aristóteles hasta lo que no se entiende, y que nuestros filósofos no se atrevan á ser transgresores de sus textos sin la vènia de una interpretacion, como si fueran cánones de concilio. Diré tambien que la fisica y medicina ni estuvieron, ni áun están, ocupadas, y que muchísimos fueran grandes médicos y filósofos, si no creyeran que ya lo eran. Tan léjos está de que se tenga en doña Oliva por temeridad querer sacar estas facultades del estrecho recinto á que las tenia reducidas la preocupacion.

Sucedióla á nuestra doña Oliva lo que al gran Colon, que el éxito hizo despues gloriosa la invencion que la ceguedad reputó ántes por ridicula. Entre las asperezas de Sierra Morena fertilizó esta Oliva el orbe de las letras. Su pensamiento pareció sólo sibilico furor de una fecunda imaginativa; pero los experimentos de nuestro siglo (como ella misma pronosticó) ya le han reducido á sistema. El doctisimo Encio (en cuya boca, si creemos á Carleton, parece que hablaba la misma sabiduría) y toda su sociedad inglesa, sobre la bella fantasia de esta mujer fabricaron el famoso sistema del suco nervoso, aunque incurrieron en la negra nota de no nombrarla; pues es muy de creer que, habiendo escrito en tiempo de Felipe II, y dedicado al Rey su libro, cuando este principe pasó á Inglaterra, pasase la tal obra, de donde disfrutaron los ingleses la India que esconde en tan breves hojas, haciéndola más suya que del país que la produjo. Yo solo en este tiempo he procurado volver á mi patria, y establecer en ella el tesoro usurpado. Bien podrán impugnar la opinion de doña Oliva y mia, pero no me podrán negar que en defender la opinion de una dama, si ella fué el Colon, soy yo el Cortés.

En la *Anatomía completa*, que voy á dar al público, sostengo esta hipótesis, fundada sobre la historia de la naturaleza misma, aclarando la oscuridad que la dió la ruda anatomía de aquellos siglos. Hay quien dice que esta obra no fué de mujer; yo estoy persuadido á que sí, porque el soberano á quien se dedicó fué demasiado grave y circunspecto para que, en materia tan importante